

Tokio blues

de Haruki Murakami

Leda Rendón

Haruki Murakami se ha convertido en un escritor de culto en el mundo entero, y *Tokio Blues* es el libro que cimbró a la sociedad nipona de fines de los años ochenta y que convirtió a su autor en un autoexiliado, al igual que Toru Watanabe, el personaje principal de la ficción.

Tokio Blues enloqueció a una sociedad históricamente sometida a la disciplina en lo militar, social y religioso, que orilló a su autor a abandonar Japón después de su publicación debido a que el gobierno insistía en que trivializaba un problema muy fuerte en la sociedad nipona: el suicidio. La sociedad japonesa, donde un manual para

autodestruirse lleva más de cien ediciones, se sintió cimbrada por esta novela suave y estremecedora donde el personaje principal, atraído por la muerte, elige la vida.

Hay quien se queda atrapado irremediablemente en un acontecimiento y está condenado a revivirlo al compás de las primeras notas de una canción. En estos casos paliar las angustias con el fluir constante del dinero, los viajes, y el trotar acelerado de la vida pueden funcionar muy bien, como una inyección de heroína, y Watanabe, héroe de *Tokio Blues*, recuerda en el aeropuerto de Berlín el camino hacia la muerte de sus amigos de juventud al compás de *Norwegian*

Wood, la canción clásica de los *Beatles*, estableciendo un viaje rumbo al inconsciente.

Según Yukio Mishima:

Entre las obras de los grandes escritores hay algunas que podrían llamarse del anverso o exterior, con su significado en la superficie, y otras del reverso o interior, con el significado oculto; o también podríamos compararlas con el budismo exotérico o esotérico.

Sin lugar a dudas, *Tokio Blues* pertenece a la segunda categoría: obras de una gran belleza formal y con un profundo significado secreto. Mishima las compara con el negativo de una fotografía:

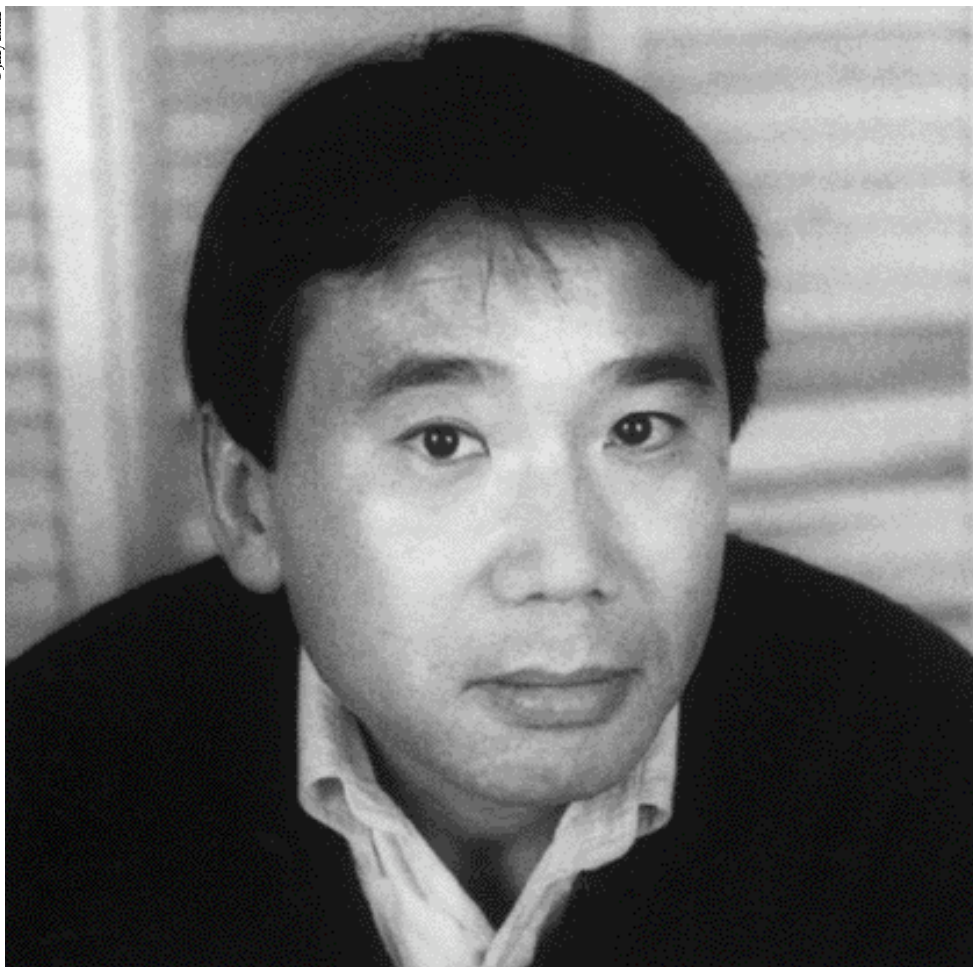
Su impresión mostraría, sin duda, el conjunto del mundo diurno en que vivimos, revelando hasta el último detalle de su plástica y brillante hipocresía.

La gran fuerza de *Tokio Blues* radica no sólo en sus temas esotéricos, como el suicidio, la soledad, el viaje, el regreso a casa a través de los detalles, la idealización del pasado o el desamor sino en la búsqueda constante del sentido verdadero de la existencia más allá de la hipocresía de las apariencias.

Haruki Murakami —admirador de Kafka, Lewis Carroll, Albert Camus, Raymond Chandler y Thomas Pynchon— nos revela en esta narración sus más profundos deseos, con personajes fragmentarios, impregnados con el hedor de la muerte y la rutina en cada una de sus acciones.

El evento que rige la novela es el suicidio de Kisuki, y el último en verlo con vida después de un juego de billar es Watanabe, quien se encierra en sí mismo y decide alejarse de todo y negar la existencia del mundo. Su vida, poblada de fantasmas, cubier-

© Jerry Bauer

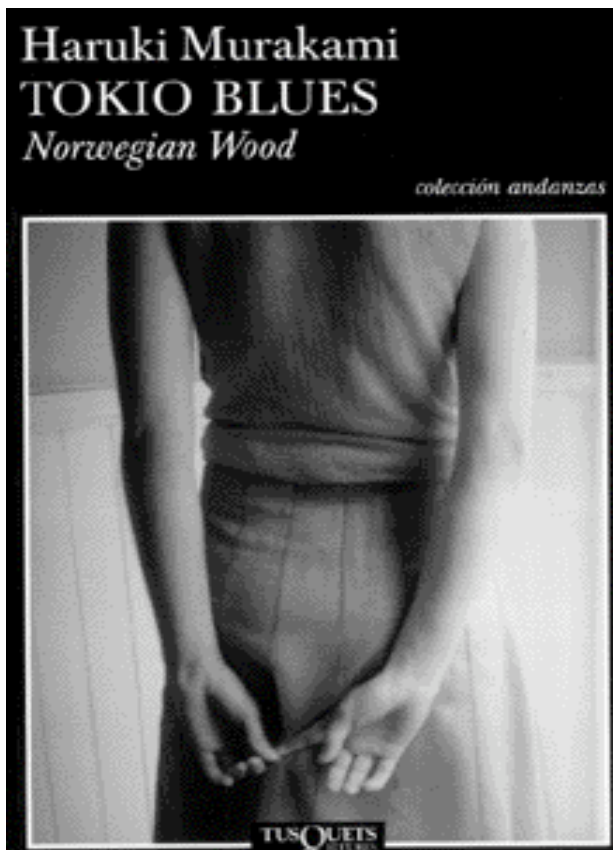


ta de veladuras, infatigable en el gusto por los compases del pasado, busca recuperar al amigo muerto a través de la convivencia con Naoko, una mujer que parece haber salido de una pintura de Balthus, de una sexualidad ambigua y un aura paradisiaca, con quien el protagonista se ve regularmente y establece una relación pausada y estacionaria.

Flotar sería la palabra adecuada para esta novela, donde Naoko, después de hacer el amor por primera vez, escapa sin razón y se interna en una casa de reposo donde Watanabe, a la manera del más romántico de los personajes de Goethe (una especie de *Weirther* posmoderno) visita al hermoso monstruo en que se va convirtiendo esta mujer delicada que le tiene miedo a las palabras y que gusta de recordar el pasado con canciones de los *Beatles*, atraída, como su novio Kisuki, hacia la muerte.

El amor en perpetua conexión con la extinción y la melancolía, que se colapsa en el pensamiento y el recuerdo, es el mejor placebo para seguir viviendo. Los personajes se regocijan en lo ya andado como las abuelas sentadas frente al sol en su mecedora que hablan de sus mejores momentos, idealizando la muerte y explicándonos cómo lograron escapar de las garras de los espectros del pasado.

Si bien Haruki Murakami resulta un tanto occidentalizado, conserva la melancolía de sus predecesores, como Kôbo Abe y Yasunari Kawabata. Del primero toma la fortaleza y la inteligencia de su personaje en *La mujer de la arena*, quien lucha contra la rutina de sacar la arena de su casa para poder seguir haciendo habitable su mundo; mientras que del segundo toma la belleza de la muerte aparente en *La casa de las bellas*



durmientes, donde el anciano Eguchi —a un paso del otro mundo— acaricia a las muchachas dormidas de la misma manera en que Watanabe posee a Naoko con la mirada: sin poder alcanzar nunca a esta mujer que evoca el *Desnudo rojo* de Modigliani y quien, como un fantasma antiguo y melancólico, escenifica su papel de insensibilidad a las caricias del protagonista:

Las pupilas tenían una transparencia inusitada; eran tan claras que parecía que, a través de ellas, podía verse el más allá. Por más que miré, no logré ver nada en sus profundidades. El rostro de Naoko quedaba a treinta centímetros del mío, aunque yo lo sentía a muchos años luz de distancia.

El protagonista logra superar el deseo de la muerte gracias a Midori, figura muy

cercana al arte *pop* y que muy bien podría haber salido de una pintura de Andy Warhol. La pregunta latente a lo largo de la novela es: ¿ha logrado el protagonista trascender verdaderamente su natural inclinación a la melancolía y al engrandecimiento del pasado? Él mismo afirma que durante su reencuentro con Naoko, después de la muerte de Kisuki, los detalles en el recuerdo son más intensos que al momento de vivirlos. La memoria se convierte, así, en el único asidero que tenemos para enfrentar la muerte.

Es estimulante leer *Tokio Blues* ya que al tener una formación teatral logra convertir las ideas en acciones y las abstracciones en acontecimientos narrativos. Comparte esta inclinación con sus antecesores Kawabata, Mishima y Kenzaburo Oe, lo que permite que el lector se identifique con los personajes y saque

sus propias conclusiones y de este modo viva el hecho novelístico como si fuera un personaje más. El lector se asoma a ver la intimidad de los personajes, deviene de este modo un *voyeur*.

No es casual que Murakami sea un escritor tan frecuentado por mujeres. La suya es una prosa pausada y dotada de un amplio registro emocional. El espíritu femenino está presente en la sutileza con que describe a sus personajes. En su más reciente novela traducida al español *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo* explora una amplia gama de sentimientos. *Tokio Blues* es la obra emblemática de Murakami y en ella se condensa su universo literario. **U**

Haruki Murakami, *Tokio Blues*, Tusquets, México, 2005, 383 pp.

La pregunta latente a lo largo de la novela es: ¿ha logrado el protagonista trascender verdaderamente su natural inclinación a la melancolía?